

El Campo de Boyacá: Monumento y Memoria

Ana María Molano Bautista¹

Presentación

En este texto se analiza la manera en que se construye la memoria, a través de los lugares, y para este caso del “Puente de Boyacá”, se trata de identificar cómo se dio la sacralización del lugar, hasta convertirlo en altar de la patria, allí se han valido de la entronización de los héroes, así como de los hechos mismos, hasta cruzar en el tiempo de la memoria al olvido. El análisis abarca del 7 de agosto de 1819 al 7 de agosto de 1969 y sólo hace referencia a la monumentalización del lugar. Transcurridos varios años de la Batalla de Boyacá que allí se libró, con el enfrentamiento de los ejércitos contendientes, patriota y realista se presentaron diversas modificaciones al campo y fueron erigidas monumentos y estatuas que han respondido a aquella necesidad de asegurar una huella de los acontecimientos y los protagonistas. Se trata entonces de un conjunto monumental que responde a las necesidades de la memoria de los hechos y de sus actores, según los intereses particulares de sus gestores.

Introducción

Después de la batalla del 7 de agosto de 1819, con la cual se selló la Campaña Libertadora, esta confrontación militar comenzó a considerarse uno de los episodios más representativos de la independencia de la Nueva Granada, actual Colombia, por haber sido el encuentro decisivo para derrocar las tropas del rey, y se convirtió al actual Puente de Boyacá en un lugar de memoria que mantiene su propia historia, aquel escenario de las operaciones militares de los ejércitos contendientes fue sometido a sucesivas transformaciones por las diversas interpretaciones político-sociales

¹ Comunicadora Social. Candidata a obtener el título de Maestría en Historia de la Uptc. Correo electrónico: anammolanob@gmail.com

que se fueron materializando en aquel espacio, con propósitos específicos y para propiciar así la construcción de una memoria colectiva.

Es relevante entonces poder establecer y analizar los cambios que fueron apareciendo en el Campo de Batalla en el trayecto 1819-1969. Este último año coincide con las obras de mayor intervención, diseñadas para conmemorar el sesquicentenario de la Campaña Libertadora de 1819, en tanto que de su estudio se puede observar los cambios que se van dando frente a las efemérides.

La transformación del lugar

El denominado “Puente de Boyacá”, ha sido considerado un lugar simbólico en los procesos colectivos de formación de la nacionalidad colombiana. En adelante, en el texto se le denominará “Campo de Boyacá”. Si se le restringe su significado únicamente a Puente de Boyacá haría referencia exclusiva a lo que ahora es monumento y no al lugar completo —escenario de la batalla— donde se han situado los monumentos recordatorios de la batalla, y que se denominará en este texto como proceso de monumentalización.

Este escenario de la batalla de Boyacá está marcado por diferentes fuentes de memoria que paulatinamente fueron sacralizando el sitio, tales como la memoria local, la historiografía, la memoria de los hechos y la memoria del lugar como conjunto de monumentos que lo conforman. Esta última será puesta en valor en el presente trabajo, en tanto que los monumentos se conciben como los testimonios materiales visibles que permiten narrar de manera plástica los recuerdos y transforman el espacio original en un paisaje cultural y entran a constituirse en parte del patrimonio histórico-cultural de la nación colombiana y al unísono un lugar de memoria.

Los lugares de memoria y los elementos culturales materiales que los componen, una manera de aprehender el pasado

Para lograr dilucidar la historia del Campo de Boyacá, es importante conocer el significado de lugar de memoria, para lo cual se toma como referencia el realizado por Pierre Nora:

Los lugares de memoria son, en primer lugar, restos. La forma extrema donde subsiste una conciencia conmemorativa en una historia que la convoca porque la ignora (...) Los lugares de la memoria nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, que hay que crear archivos, que hay que mantener los aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres, levantar actas, porque estas operaciones no son naturales. Es por eso que la defensa de una memoria

*refugiada de las minorías sobre hogares privilegiados y celosamente guardados, lleva a la incandescencia la verdad de todos los lugares de memoria. Sin vigilancia conmemorativa, la historia los barrería rápidamente*².

La necesidad de evocar a los héroes, las acciones de los vencedores y mantener un ideal de formación de la nación se comienzan a promover acciones en pro de su salvaguarda y comunicación, para el caso de la naciente República las acciones de batalla y su posterior recordación serían una forma de preservar esos ideales.

Esa vigilancia en el lugar de memoria Campo de Boyacá ha estado compuesta por los monumentos, al unísono por sendas transformaciones a la taxonomía del territorio y a su vez de los relatos, los cuales mutan al tiempo que va cambiando el paisaje cultural, sin mayor observación que la necesidad de las conmemoraciones ante la pérdida de la identidad nacional, esa que es etérea y que a Jorge Orlando Melo le parece sospechosa por el hecho de estar forjada por múltiples identidades³, autopercepciones que cada colombiano tiene de sí al ser parte de esa comunidad que conforma lo que actualmente denominamos Colombia y que lleva consigo el peso de la memoria, en este caso de las múltiples memorias que se configuran en torno a diversas ideologías.

Esa nación que luego de los procesos de independencia, y que con posterioridad a las batallas, las acciones de los líderes, en este caso de Bolívar, se dirigen a favor de mantener el ánimo en las tropas y a la vez generar narrativas que se irían transformando en mitos, fundacionales de la nacionalidad, las condecoraciones, los himnos, los relatos y los monumentos, y que dieron inicio a la configuración de la memoria de los hechos —muchas veces amañada—, apologética y conveniente desde el relato de los vencedores.

Así continuamente, —luego de casi que el siglo XIX estuviese colmado de confrontaciones civiles—, y durante las conmemoraciones del centenario en 1919, bajo la propiciación de celebraciones, producción de documentos y nuevas formas alegóricas de remembranza de las justas patrióticas, la memoria tuvo un importante impacto en la conformación de las historias nacionales por medio de las conmemoraciones, aniversarios, creación de museos, exposiciones y publicaciones que generarían formas de recordación que se mantendrían a lo largo del siglo XX.

² Pierre Nora, "Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire". *Representations*, N° 26 (University of California Press, spring, 1989): 7-8.

³ Jorge Orlando Melo, "Etnia, región y nación: el fluctuante discurso de la identidad". *Memorias del simposio identidad étnica, identidad regional, identidad nacional* (Bogotá: Colciencias. Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, 1989).

Para Maurice Halbwachs los grupos sociales construyen los recuerdos y determinan lo que es memorable y cómo será recordado⁴. Sin embargo, en esta conformación de las nuevas naciones, este determinismo estaba dado por los vencedores, quienes intentaban generar discursos para la consolidación de la Nación, o idea de nación, a partir de mitos heroicos, al igual que lo estuvo por parte de quienes ostentaban el poder.

“La memoria es maleable y debemos entender cómo se modela y por quién, así como los límites de su maleabilidad (...)”⁵. Hablar entonces de la memoria, es hablar de los sentidos con que se construye y es así como el Campo de Boyacá ha sido intervenido de acuerdo a los gobiernos de turno, quienes han plasmado en el lugar sus propios intereses, imponen lo que para ellos debe ser recordado, transformando en cada intervención, no sólo el conjunto monumental sino también la flora y fauna del lugar y en otras arrasando los vestigios.

Tal como Fontana aduce:

Alguien podría deducir de lo que digo: Si la historia, puesta en malas manos, instrumentalizada desde el poder, llega a tener efectos tan nefastos, lo mejor es que nos libremos de ella. Pero eso no es posible, porque las colectividades humanas, al igual que sus miembros tomados individualmente, necesitan disponer de una memoria.

Sabemos hoy que nuestra memoria personal no es un depósito de representaciones –un archivo de imágenes fotográficas, más o menos desvaídas, de los hechos del pasado que guardamos en la mente–, sino que es en realidad un complejo sistema de relaciones que tiene un papel esencial en la formación de la conciencia. Una de sus funciones más importantes es, precisamente, la de hacer, en palabras de un gran neurobiólogo, “una forma de ‘recategorización’ durante la experiencia en curso, más que una reproducción de una secuencia previa de acontecimientos”. Los neurobiólogos nos dicen que la conciencia se vale de la memoria para evaluar las situaciones a qué ha de enfrentarse mediante la construcción de un ‘presente recordado’, que no es la evocación de un momento determinado del pasado, sino la capacidad de poner en juego toda una serie de experiencias previas para diseñar un escenario al cual puedan incorporarse los elementos nuevos que se nos presentan⁶.

De esta manera, el lugar de memoria llega a adentrarse tanto en la sensibilidad de la colectividad, que puede trascender más allá de un cam-

⁴ Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia cultural* (Madrid: Alianza Universidad 1996): 66

⁵ Peter Burke: 69.

⁶ Josep Fontana, *¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis?* (Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico, 2006): 47.

po de acción local, es decir puede trascender fronteras e identificar a más personas de las que comúnmente tienen relación continua con él, ese es el poder de la monumentalización, en una continua recategorización de sus instrumentos.

Para el caso del Campo de Boyacá, éste acoge a gran parte del territorio nacional, quienes se sienten identificados con el hecho cumbre dado en el lugar, si bien no es algo que ocurre de manera espontánea, la designación de la fecha 7 de agosto, como fiesta nacional donde se da una irrupción a las actividades cotidianas, es una forma de hacer que el hecho trascienda en la memoria y de alguna manera el lugar se convierta en referente de una historia nacional.

Los monumentos conmemorativos, las lápidas, las estatuas, tal como se refiere Peter Burke, son imágenes materiales que facilitan la retención y transmisión de recuerdos, los cuales a su vez van expresando y configurando la memoria colectiva⁷. De igual manera los rituales en torno a ellos tienen como objetivo recordar el pasado, constituyendo recuerdos y van imponiendo tras su implementación, *determinadas interpretaciones del pasado* modelando la memoria y generando identidades sociales, en palabras de Burke son: “representaciones colectivas en todos los sentidos”⁸.

Junto con las acciones se van evocando a los personajes que las realizaron. Es importante preguntarnos, también nosotros, el por qué algunos individuos vivos o muertos se convierten en mitos y otros no⁹, esas características mitogénicas, tan difíciles de capturar, el autor las expone así:

*Esa mitogénesis se explica fundamentalmente por la percepción (consciente o inconsciente) de una coincidencia en algunos aspectos entre un individuo determinado y un estereotipo actual de un héroe o villano-gobernante, santo, bandido, bruja, etc. Esta coincidencia cautiva la imaginación de la gente y empiezan a circular historias sobre el individuo, al principio oralmente*¹⁰.

Esa manera de mitificar oralmente se va sumando a los elementos materiales, por medio de los cuales se fortalece mito, por medio de las representaciones monumentales (placas conmemorativas, obeliscos y arcos del triunfo).

Al hablar de la entronización del héroe, es importante reseñar, lo que en su momento denomina Peter Burke como “un proceso de “cristaliza-

⁷ Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia cultural* (Madrid: Alianza Universidad 1996): 69.

⁸ Peter Burke: 74.

⁹ Peter Burke: 78.

¹⁰ Peter Burke: 75.

ción” en el que ciertas historias tradicionales que están en el aire, por así decirlo, se atribuyen al nuevo héroe¹¹.

Ese proceso de cristalización, o lo que denominaré en mis propias palabras: la materialización de los sueños colectivos, es eso que el autor extrae de Freud, de su ensayo “La interpretación de los sueños”, como: Procesos de condensación y desplazamiento... contribuyen a la asimilación de la vida del individuo concreto a un estereotipo determinado del repertorio presente en la memoria colectiva de una cultura dada¹².

Si hablamos entonces que la memoria del lugar y de los monumentos está impregnada de ideologías políticas, entonces cada intervención está supeditada a un discurso que se hace latente en las representaciones erigidas. Para el caso del lugar de memoria, denominado en este caso como Campo de Boyacá estas ideologías pasan desde la liberal hasta la conservadora, cada una en defensa de su propio ideal de nación, representado en sus héroes mitogénicos que mutan y se transforman en los ideales adoptados por cada partido político que accede al poder del Estado; se silencia lo que no parece políticamente correcto, se entroniza o cambia de lugar lo que sí lo es y se impone lo que debe estar de acuerdo a sus ideales.

Lo que Burke denomina: “discrepancias entre la imagen del pasado compartida por los miembros de un grupo social concreto y los registros que sobreviven del pasado”¹³ y que sigue identificando como:

(...) lo que ocurre en el caso de esos mitos es que se eliden las diferencias entre el pasado y el presente, y las consecuencias no intencionales se convierten en objetivos conscientes, como si el principal propósito de estos héroes del pasado hubiera sido producir el presente – nuestro presente¹⁴.

En suma, la amnesia colectiva. “Amnesia está relacionada con ‘amnistía’, con lo que solía denominarse ‘actos de olvido’, la supresión oficial de recuerdos de conflictos en beneficio de la cohesión social”¹⁵. Se mantiene en el campo, deja de lado ciertos por menores de la historia realzando otros, generando nuevos diálogos y personajes difíciles de rastrear pero que se mantienen en la memoria más no en los documentos o elementos que aprobaría su existencia, hoy a casi doscientos años de su conmemoración se hacen reales a partir de los relatos y se tornan como prisiones en la memoria.

También se hacen presentes al leer relatos de los hechos y luego al dar una mirada a la monumentalización del lugar, de otra parte se pueden

¹¹ Peter Burke: 76.

¹² Peter Burke: 76.

¹³ Peter Burke: 84.

¹⁴ Peter Burke: 84.

¹⁵ Peter Burke: 82.

dar cuenta de los elementos silenciados de la batalla en la memoria que se ha construido en el Campo, poco a poco se pueden considerar como elementos invisibilizados: El papel de la mujer en la batalla, la identidad de los vencidos, la participación de los negros e indios, de igual manera la implantación de unos elementos y la supresión de otros, como por ejemplo el lugar de Bolívar durante el enfrentamiento y los factores naturales, arrasados para dar paso a la monumentalización.

Sin embargo, es muy importante recordar la aseveración de que:

Naturalmente, como ocurre con los textos, quien desee utilizar las imágenes como testimonios deberá ser consciente en todo momento de algo bastante evidente, pero que a veces suele olvidarse, a saber, de que la mayoría de ellas no fueron producidas con esa finalidad¹⁶.

Es decir que muchas de ellas se produjeron como un medio para difundir un mensaje religioso, estético, político; tal como señala Burke, su papel fundamental en la invención cultural de la sociedad le hacen de esta manera testimonio de la manera en que se desarrolla el “ordenamiento social del pasado”¹⁷; ese es el fin último de las transformaciones del territorio, el silenciamiento de la comunidad local.

Ese ordenamiento social del pasado, como una configuración del presente (el presente en que se erige pensando en mediar la memoria colectiva), es quizás lo que en este texto se trata de mostrar.

Es importante reconocer que la memoria institucionalizada es una memoria política y que, tomando las palabras de los autores del artículo: “Memoria, política y artefactos culturales”, del libro *Les Lieux de Memoire*, de Pierre Nora, se vale de los siguientes elementos:

Hacer evidente que si en la cultura tradicional la memoria era transmitida a través de la narración oral en la modernidad esta solo es preservada porque existen museos, archivos, aniversarios, celebraciones y otros lugares de memoria sin los cuales el pasado sería olvidado¹⁸.

Estos lugares de memoria, identificados por la memoria institucionalizada que buscan el desarrollo de la unidad nacional, nacen con la necesidad de fortalecer los mitos fundacionales y se mantienen como elementos de cohesión nacional.

¹⁶ Peter Burke, *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico* (Barcelona: Crítica, 2005): 236.

¹⁷ Peter Burke: 236.

¹⁸ Javier Alejandro Lifschitz y Sandra Patricia Arenas Grisales, “Memoria política y artefactos culturales”. *Estudios Políticos* (Medellín: Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, 2012): 102.

La transformación política del lugar

Para Tzvetan Todorov: “la sacralización, aislamiento radical del recuerdo, y la banalización, o asimilación abusiva del presente en el pasado”¹⁹ son las dos maneras en que se mueve la memoria.

El lugar se va transformando, va mutando mientras se convierte en un museo a cielo abierto de la historia de los hechos, bajo una narrativa política y monumentalizada, tal como expresa Gonzalo Sánchez Gómez, en su artículo “Memoria Museo y Nación”:

*Los museos, al igual que los archivos y otros lugares de memoria (monumentos, símbolos, íconos, emblemas, conmemoraciones), para utilizar la expresión de Pierre Nora, no son depósitos pasivos de objetos y documentos sino el presente del pasado. La memoria allí contenida, a diferencia de la historia, es una memoria viva y, por lo tanto, sujeta a múltiples contingencias: a manipulaciones, a la desaparición súbita, a la reanimación, a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia*²⁰.

La construcción del Campo como Lugar de Memoria, estuvo ataviada de los monumentos como objetos de una narrativa, dicha narrativa obedeció a las siguientes etapas, no proyectadas sino aisladas:

- Sacralización: Narrativas de los héroes, proyectos de memoria.
- Transformación del territorio: Compra de terrenos, fincas campesinas que pasaron a manos del Estado.
- Monumentalización: Levantamiento de Monumentos – conmemoraciones.
- Modificación del paisaje mediante la construcción de vías, remoción de tierras y traslado de monumentos.

Poco a poco el lugar es ahora un museo, del cual se desprenden determinadas acciones que lo han relegado a un relato regional, pero que en la época de estudio se mantiene vigente en el concierto nacional gracias a la prensa y las celebraciones conmemorativas.

De esta primera etapa se desprende la sacralización, para el caso del Campo de Boyacá, un ejemplo de ello son las palabras pronunciadas por don Manuel Ancízar en la “Peregrinación de Alpha”, quien mediante de la retórica describe su visita al lugar y lo declara tierra santa.

De lo sacro a lo profano, se explica esto en el traslado de la devoción a las imágenes religiosas hacia las imágenes de los próceres como objeto

¹⁹ Tzvetan Todorov, *Memoria del mal, tentación del bien: indagación sobre el siglo xx* (Barcelona: Ediciones Península, 2002): 195.

²⁰ Sánchez Gómez, G., *Museo Memoria y Nación* (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000): 26.

de culto, encarnado en la imagen, en este caso el lugar, ideas y valores de inmortalidad y/o virtudes, que se le confieren de manera sesgada, exaltándoles y olvidando los actos atroces que puedan ocultarse detrás del héroe y del lugar en donde ocurrieron los hechos que les hacen sempiternos:

Cuando avisté la casa de Teja en Boyacá (...) me pareció que renacía para el mundo. Detrás de mí dejaba los torbellinos de niebla y la desolación del Páramo. Un golpe de sol iluminaba el teatro del acontecimiento que abrió la Nueva Granada el porvenir de nación libre, y las verdes praderas en donde los mil veteranos españoles doblaron la rodilla ante los pendones colombianos, brillaban matizadas de menudas flores. La casa en donde treinta y un años antes habían resonado las presurosas voces de Bolívar, de Santander, de Anzoátegui y de Soublatte, el estruendo de la batalla y de las aclamaciones de los republicanos victoriosos, ahora silenciosa y envejecida... llena de recuerdos interesantes y, por decirlo así, santificada desde el 7 de agosto de 1819²¹.

(Imagen 1).

Un detalle especial en este texto es que no sólo sacraliza el espacio, también magnifica los hechos allí ocurridos; es precisamente por este tipo de manifestaciones que más allá del acontecimiento en sí, se investiga el proceso de monumentalización del lugar, la manera en que se va configurando la memoria institucionalizada o denominada memoria política.

Pero al decir que algunos lugares se convierten en símbolo accidentalmente, debemos tener claro el concepto de lugar y para ello es significativo comprender las diferencias que subsisten a la hora de interpretarle: en primera instancia se tiene al lugar como espacio y en segunda instancia el lugar como ícono, la primera interpretación es la que mantiene una comunidad con su entorno común, sin previo conocimiento de sucesos allí acaecidos, es cotidiano; esta relación se presenta de manera dialéctica, conformando a partir de ella su identidad cuando de otra manera conoce una historia interpretada de acontecimientos dados en dicho lugar, allí el lugar muta en la percepción, ya no es un simple lugar.

El lugar se convierte en ícono por sí gracias a la interpretación idealizada de un espacio común por parte de un grupo distante, cuando llega a ser referente para una comunidad mucho más amplia como una Nación. Esta interpretación se da a partir del concepto antropológico de Nación²²

²¹ Nicolás García Samudio, "Los monumentos en el Campo de Boyacá". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. xxxvii. N° 429-431, (1940): 663.

²² Esta interpretación se da a partir del concepto antropológico de Nación producido por Benedict Anderson: "Una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Imaginada porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas... pero en la mente de cada uno vive la

es entonces cuando se transforma en símbolo. En ese sentido el Campo de Boyacá se convierte en un lugar de comunión en el que convergen los habitantes de la Nación Colombiana en tanto que imaginada.

El interés que se persigue aquí no es analizar de qué manera los monumentos representan a la actual comunidad que convive en este territorio, sino la manera en que transforman un lugar común en un lugar de memoria.

El monumento es un documento que desde su primera manifestación de levantamiento genera una transformación del espacio-lugar, transmutando la memoria construida que es intangible (invisible), en un monumento, placa, piedra tallada o escultura tangible (lo visible).

Pero esto visible, que hace perceptible lo que de otra forma no podría ser percibido, va más allá de su simple materialización; Peter Burke en “Visto y no visto”, referencia la tesis de Burckhardt quien “califica las imágenes y monumentos de... objetos a través de los cuales podemos leer las estructuras de pensamiento y representación de una determinada época”²³. Por medio de esa representación, que hace visible la imagen mental que se tiene con respecto a cierto acontecimiento, debemos entonces pensar que tanto como el monumento permite recordar, pero también permite olvidar, cuando es construido bajo apreciaciones apologéticas y mediante juicios de valor, el monumento es quizás el único acercamiento que muchas personas tienen sobre la historia de los hechos en el lugar.

Cada monumento erigido en el Campo de Boyacá da cuenta de los intereses políticos de cada época. Detrás de cada monumento hay intereses, el monumento no habla por sí sólo, los elementos previos a su construcción permiten hacer esa lectura de la época, más allá de la interpretación iconográfica, que es muy valiosa, que permite comprender cada elemento que allí fue erigido, como guía a otro punto igualmente enriquecedor: los intereses ocultos, que como veremos más adelante se manifiestan en la planeación del monumento.

La retórica de la imagen, es definida por Roland Barthes:

*Es decir, las formas en que ésta actúa para persuadir u obligar a los espectadores a que le den una interpretación determinada, incitándoles a identificarse con un vencedor o con una víctima... o bien, situando al espectador en la posición de testigo del hecho representado*²⁴.

imagen de su comunión”. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (México: Fondo de Cultura Económico, 1993): 23.

²³ Peter Burke, *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico* (Barcelona: Crítica, 2005): 13.

²⁴ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (México: Fondo de Cultura Económico, 1993): 229.

Michell de Certeau, describe la forma en que estos elementos previos se construyen, al decir que “La memoria mediatiza las transformaciones espaciales”²⁵.

Un ejemplo claro dentro del tema de estudio es el siguiente:

Fue el general Antonio Guzmán Blanco, como Presidente de Venezuela, quien concibió la idea de que las cinco Repúblicas bolivarianas levantarán un gran monumento a Bolívar en el Istmo de Panamá, como complemento del homenaje que se había rendido a la memoria del Libertador en el centenario de su nacimiento, en 1833 (...)”²⁶.

Así nace uno de los monumentos representativos del Puente de Boyacá, el cual le fue confiado al escultor alemán Von Miller y pasó por incontables tras pies que lo llevaron a más de tres décadas en proceso de levantamiento y de selección del sitio donde finalmente fue erigido, luego del rechazo por parte de la sociedad bogotana a la que le pareció que el diseño no era propio y muy anticuado para ser instalado en uno de sus parques²⁷.

¿Cuál de estos relatos es entonces el que emana de la escultura de Von Miller, del Arco, del Puente mismo o del Obelisco? Monumentos que se encuentran en el Campo de Boyacá. Para responder esta pregunta es necesario conocer el proceso histórico de intervención del campo y en las transformaciones del paisaje, así como las características de cada uno de los monumentos. Entonces debemos hablar del presente histórico imperfecto que se desentraña a partir de los vestigios, las representaciones y lo persuasivo en el mensaje.

Al realizar este estudio, el Campo de Boyacá se hace referencia a las características que Jacques Le Goff atribuye a los “documentos/monumentos”:

El documento no es inocuo. Es el resultado ante todo de un montaje, consciente o inconsciente, de la historia, de la época de la sociedad que lo han producido, pero también de las épocas ulteriores durante las cuales ha continuado viviendo, acaso olvidado, durante las cuales ha continuado siendo manipulado a pesar del silencio”²⁸.

²⁵ Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano* (México: Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1996): 95.

²⁶ Nicolás García Samudio, “Los monumentos en el Campo de Boyacá”. *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. xxxvii. N° 429-431, (1940): 667.

²⁷ Nicolás García Samudio: 669.

²⁸ Jaques Le Goff, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario* (Barcelona: Paidós, 1991): 238.

Entonces al referirse a los relatos y las interpretaciones, dadas en este lugar simbólico, se deben observar tres momentos importantes durante la construcción del mensaje que se emite, estudiados por Paul Ricoeur:

*1. La estrategia en cuanto fomentada por el autor y dirigida hacia el lector. 2. La inscripción de esta estrategia en la configuración del "monumento". 3. La respuesta del lector cuando lee, ya como público receptor*²⁹.

Momentos que son dados en distintos órdenes: relato, imagen, memoria, pero que convergen en el mensaje y la recepción del mismo gracias a la persuasión, esta última escondida tras los intereses que se tejen en el instante previo de su construcción, diseño y montaje.

Para ello es importante preguntarnos: ¿Quién emite el mensaje y quién lo recibe? La colectividad en tanto grupo macro se compone de dos grandes conjuntos: dominante y popular.

La configuración del mensaje se da con una declaración de las élites, bajo esta perspectiva de análisis todo estudio social del patrimonio cultural es en verdad el estudio de un proceso selectivo y transformador del pasado, el cual es articulado por el Estado pero necesariamente desarrollado en lo social, en el cual convergen la economía, las coyunturas, los procesos culturales y un sinfín de elementos que afectan el discurso histórico y del denominado patrimonio cultural; No debe olvidarse que este último es una continua representación de lo social que irremediamente se encuentra dividido entre: las dominantes y las populares, la primera es creadora y la segunda valida dicha creación, mientras que las dos se encuentran en un continuo conflicto de intereses convenientes³⁰.

Pierre Nora describe estas condiciones como un fenómeno que pertenece a la memoria: "la instrumentalización del pasado en el presente"; es decir, el uso que se puede hacer del pasado con fines políticos. Ejemplo, lo sucedido durante el centenario mediante celebraciones centralizadas en torno a la capital y su continua validación en lo popular, mediante otro tipo de representaciones que actualmente, con motivo de los marcados regionalismos, se encuentra en estudio y transformación. Sin embargo, se sigue sintiendo el fuerte papel de las élites y un fuerte peso de la memoria colectiva, la cual no es más que la agrupación de diversas memorias individuales.

Así, Benedict Anderson cuando hace referencia a la Biografía de las Naciones explica este fenómeno: "Todos los cambios de conciencia profundos, por su naturaleza misma, traen consigo amnesias características.

²⁹ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración* (México: Siglo XXI Editores, 1995): 867.

³⁰ Enrique Florescano, *El patrimonio cultural de México* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993): 9

De tales olvidos brotan, en circunstancias históricas específicas, las narrativas³¹.

Cuando el individuo comienza a olvidar, la colectividad por lo tanto comienza a olvidar, de estas amnesias se vale muchas veces la clase dominante, y de ese mismo olvido se nutre por lo tanto la clase validante, en un juego de intereses que termina por reinterpretar el pasado de forma casi imperceptible. Son estos olvidos encausados los que validan los comportamientos y generan el discurso.

En este proceso intervienen de manera directa los medios de comunicación, las producciones literarias, de academia, de rigor histórico y también las narrativas orales, son ellas las que alimentan el relato, no son las memorias colectivas un único punto de convergencia; en realidad, son las memorias individuales que a través de esos relatos se hacen una (única) y validada historia nacional.

A través de estos procesos los símbolos se configuran pausadamente, tal como explica Anderson:

(...) era precisamente la infinita reproducción cotidiana de estos símbolos la que revelaba el auténtico poder del Estado. Tal vez no resulte demasiado sorprendente que los Estados posteriores a la independencia y que mostraron marcadas continuidades con sus predecesores coloniales, heredaran esta forma de museos políticos³².

El relato histórico, y la imagen son una forma importante de generación de memoria, al generar una cadena de continua búsqueda de héroes, de ejemplos, de “salvadores o mesías”. Sin embargo, ya vimos que no sólo sus monumentos narran parte de la historia nacional, también la historia tras sus monumentos: la manera en que fueron pensados, en que fueron articulados, legislados y transformados. Es pertinente estudiarlos más allá de esa relación entre lo que comunica el monumento y la memoria, también desde su propia historia.

Como otras formas de testimonio, las imágenes no son creadas, al menos en su mayoría, pensando en los futuros historiadores. Sus creadores tienen sus propias preocupaciones, sus propios mensajes. La interpretación de esos mensajes se denomina «iconografía» o «iconología», términos utilizados a veces como si fueran sinónimos, aunque en ocasiones se diferencia el uno del otro³³.

³¹ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (México: Fondo de Cultura Económico, 1993): 96.

³² Benedict Anderson: 255.

³³ Peter Burke, *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico* (Barcelona: Crítica, 2005): 43.

Por tal razón, este que puede ser considerado un “museo político” debe ser leído bajo el amparo de su razón de ser, al reconocer que cada transformación en el Campo es una manera de validar el pensamiento de quién lo ordena.

Orwell dijo, en su visión de un mundo totalitario, que «quien controla el pasado controla el futuro y quien controla el presente controla el pasado». Lo cual significa, en suma, que quien impone su visión de la historia puede imponer su visión de la política, y quien tiene el poder político se esfuerza, en consecuencia, en controlar la visión de la historia que ha de enseñarse y difundirse³⁴.

Los monumentos eternizan el discurso, son la letra esculpida en piedra y bronce, mensaje visual que cumple con su cometido en tanto que el monumento está allí, hierático, el receptor percibe el mensaje que se le entrega sin más preguntas, observa el monumento, quizás lee su placa y aprehende el mensaje sin cuestionarlo, no se puede juzgar así a todos los receptores, pero de esta manera se da ese discurso del documento/monumento, que no permite se le hagan preguntas en tanto que no podrá responderlas más allá de lo ya dicho.

Las colectividades humanas, igual que sus miembros considerados individualmente, necesitan contar con una memoria compartida. Nos guste o no, las colectividades funcionan a partir de estas conciencias colectivas. Por ello el discurso público se preocupa de interferir en ellas, de formarlas, y con frecuencia de deformarlas³⁵.

Ese razonamiento frente al patrimonio material que se resguarda en este lugar de memoria, permitirá desarrollar nuevas dinámicas de socialización y aprehensión del mismo.

La entronización del héroe, las mentalidades materializadas

El primer proceso de memoria se tiene en los partes de batalla, sobre los cuales cada bando da a conocer su propia visión de los sucesos, por lo cual, y teniendo en cuenta el papel de los vencedores se oficializa, sin embargo, no nos centraremos en los acontecimientos que dan paso a la monumentalización.

Culminadas las acometidas por la libertad, el nuevo reto era conformar la República y la idea de Nación en torno a un ideal que congregara a los habitantes en un mismo imaginario, ¡tarea nada fácil!, ya que la

³⁴ Josep Fontana, *¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis?* (Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico, 2006): 110.

³⁵ Josep Fontana, *¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis?*: 118.

división ideológica que precedió a las batallas independentistas, conformada por federalistas y centralistas, incorporada a las guerras civiles que se presentaron años después, hicieron que esta labor fuera abandonada; lo que abrió una brecha insuperable, de la cual quizás hoy suframos las consecuencias, la más representativa precisamente: la falta de identidad nacional.

Justamente en el siglo XIX, las autoridades políticas en su intento por construir ese orden republicano, vieron en las fiestas, apoyadas en otros elementos conmemorativos como los monumentos, ese mecanismo en el cual afirmarse para infundir la identidad nacional basada en el mito fundacional, sustentado en torno a los actores y a los hechos con los cuales se logró la independencia.

Uno de esos intentos por mantener la vigencia de estas ideas de libertad y orden, sería el realizado por el general Francisco de Paula Santander en 1825, al proyectar el monumento a manera de pirámide que debía ser erigido en el denominado Campo de Boyacá (Puente de Boyacá), —el cual nunca se construyó—, como consta en el comunicado de José Ignacio de Márquez, en oficio dirigido al Secretario del Interior y fechado el 17 de enero 1826 y que deja entrever como los problemas económicos por los cuales atravesaba la naciente república no podía gestionar este gasto, sumado al tiempo de batallas civiles al cual se iba adentrando dejarían en el olvido ese cometido. (Imágenes 2 y 3).

Este comunicado revela, no sólo los duros momentos que atravesaba la economía nacional, también deja ver que no existían personas formadas en la talla y el arte necesario para esta empresa.

Para 1919, el 7 de agosto fecha del Centenario de la Batalla de Boyacá, don Marco Fidel Suárez, entonces presidente, reemplaza los durmientes de madera del puente sobre el río Boyacá y se dan las primeras transformaciones sustanciales al campo.

Un segundo obelisco es proyectado, el cual si llega a ser levantado, mediante un proyecto impulsado por el entonces presidente del Estado Soberano de Boyacá José Eusebio Otálora, el diseño era de Basilio Angueira, cubano y el 7 de agosto de 1878 se coloca el primer avance, y en los años subsiguientes se continua su construcción hasta que por orden del general Salvador Franco, gobernador de Boyacá, en el año de 1896, ya con un nuevo diseño puesto que el plano original se extravió.

Uno de los elementos más significativos en el Campo de Boyacá es el monumento a Bolívar de Ferdinand Von Miller, el cual tuvo una temporalidad de diseño, ensamblaje, traslado e inauguración de 1883-1940: con la implantación de este monumento se logra dilucidar como el conjunto monumental, tal como referencia Santiago Díaz Piedrahita en Boletín de Historia y Antigüedades N° 836, artículo sobre el Campo de Boyacá, co-

respondió a una improvisación en la manera de erigir los monumentos y no a un plan, sino inconexas modificaciones al lugar según los gobiernos de turno.

Esta premisa se fortalece, en tanto que el monumento de Von Miller no fue pensado para el lugar y las intervenciones obedecieron a necesidades de construcción de carreteras que comunicaran a la capital con el departamento, las cuales transformaron el parque en su sentido más autóctono por un campo fragmentado. Este campo era un conglomerado de fincas campesinas, las cuales fueron compradas para ser acondicionadas como campo histórico.

Rafael Reyes a pocos metros del Puente de Madera que pasa por sobre el río Boyacá, que viene de la represa Teatinos y que corre el lugar con menos caudal de agua al descrito en los partes de batalla, construyó un Puente de Piedra, unido con cal y canto para que pasará el primer auto que entraría a Boyacá rumbo a Santa Rosa de Viterbo (1909). El puente de madera del río Boyacá fue transformado en 1919 siendo presidente Marco Fidel Suárez.

A su vez en 1887 el general Antonio Guzmán Blanco, presidente de Venezuela fue el promotor de que las cinco naciones denominadas bolivarianas realizaran un monumento que rindiera homenaje a Bolívar y que este fuera instalado en el Istmo de Panamá, esto como una manera de conmemorar el centenario de su nacimiento y unir a las naciones en torno a la figura emblemática de Bolívar, este monumento debió ser realizado casi cuarenta años después de su proyección por causa de los procesos políticos de la época; posteriormente el proyecto fue pasando de mano en mano hasta llegar a ser instalado en el lugar donde se encuentra actualmente, se pensó para Bogotá pero se creyó que era muy desproporcionado para el Parque de la independencia, luego de debates se pretendía destinar para Tunja y por último se llevó al Campo, para ello se dictó la Ley 210 de 1938, con el fin de que el gobierno central adquiriera tierras para la proyección del Campo Monumental.

Bajo el gobierno del presidente Alfonso López Pumarejo, en 1937 se sancionó la ley que ordenaba que el monumento debía estar en el Campo de Boyacá.

Con una visión muy distinta a la original, el monumento a Bolívar termina siendo inaugurado el 11 de mayo de 1940 para conmemorar el centenario de la muerte del General Francisco de Paula Santander, esta vez gestionado por parte de del entonces presidente Eduardo Santos. Como lo reseña Nicolás García Samudio³⁶.

³⁶ Nicolás García Samudio, "Los monumentos en el Campo de Boyacá". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. xxxvii. N° 429-431, (1940): 670.

Luis Horacio López Domínguez en su estudio “El Campo de Boyacá. Aproximación a su señalización y delimitación espacial” sintetiza así las intervenciones y compra de predios para formar el Parque, por iniciativa de varios presidentes:

*La adquisición de predios y realización de obras se ordenaron o efectuaron en los gobiernos que corresponden a la denominada República Liberal de los presidentes Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos (1937-1940) en el Frente Nacional a las administraciones de Alberto Lleras Camargo (1958-1962) y Carlos Lleras Restrepo (1968-1969)*³⁷.

Precisamente, durante el gobierno del presidente Eduardo Santos se realizó el paso de una vía pavimentada que atravesaría el campo y durante el gobierno del presidente Gustavo Rojas Pinilla, se construyó un tercer puente que pasa por la carretera central, la cual generó cambios en la topografía y produjo diversas transformaciones de fauna y flora del lugar por la remoción de tierras.

La fragmentación del lugar se haría mayor para 1969, fecha conmemorativa del sesquicentenario de la batalla en el gobierno del presidente Carlos Lleras Restrepo cuando se construyó la Plaza de Banderas, una edificación para restaurante y el denominado Ciclorama. En la memoria de las familias que habitaban el lugar y sus alrededores se conserva el sonido de las motosierras que arrasaron con la flora nativa y por lo tanto menguaron la fauna compuesta por miras y otras aves del lugar, las cuales al no tener donde hacer nido huyeron. Del parque construido durante el centenario 1919 no quedó más que algunos vestigios. (Imágenes 4 y 5).

Para 1968, en los preparativos para conmemorar el sesquicentenario de la “batalla”, a través del Ministerio de Obras Públicas se produjo la remodelación del campo en forma desconsiderada, “pues dispuso talar de manera inmisericorde los preciosos árboles que lo engalanaban y arrasó los jardines”³⁸. Del cambio del terreno los habitantes aún guardan un sinsabor, según recuerda Beatriz Muñoz de Cifuentes, ellos lloraban cuando los azulejos, miras, toches, candelos, y otras variedades de pájaros que tenían nidos en los árboles salieron a volar cuando llegaron las motosierras para luego intervenir la topografía del terreno, demoliendo el verde natural y cambiándolo por el crudo de la piedra, del cemento y el asfalto.

Si bien se levantaron nuevos monumentos como el Ciclorama, la plaza de banderas, el restaurante y para 1969 el Obelisco ya no era el centro

³⁷ Luis Horacio López Domínguez, “El Campo de Boyacá. Aproximación a su señalización y delimitación espacial”. *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. xciv. N° 836, (2007): 123-141.

³⁸ Jorge Eduardo Londoño Ulloa, “El sagrado Campo de Boyacá”. *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. xciv, N° 836, (2007): 106.

del discurso del Campo de Boyacá, al cambiar de lugar y ser trasladado se transformó el parque concebido en el centenario.

De la historia del lugar de memoria denominado Campo de Boyacá, se puede concluir que tanto sus intervenciones al terreno y el uso de los monumentos como artefactos culturales, no tienen un punto final, pues están sometidos a los intereses que según en cada época se van generando; de igual manera se puede señalar que el levantamiento de los monumentos obedece a las ideas políticas y de memoria que tanto las coyunturas históricas como los dirigentes políticos ostentan y no a un plan de manejo del territorio y los monumentos.

Se pretende entonces continuar esta investigación para advertir los procesos que han condicionado los monumentos del Campo como artefactos de memoria y presentar la historia misma del lugar como punto de avance para generar un proyecto sustentado a las necesidades mismas del lugar, de los monumentos y la memoria local de la comunidad alemana.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económico, 1993.

Burke, Peter. *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Editorial Crítica, 2001.

Burke, Peter. *Formas de historia cultural*. Madrid: Alianza Editorial, 2000.

Certeau, Michel de. *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1996.

Díaz Piedrahita, Santiago “El Parque Campo de Boyacá”. *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá: Academia Colombiana de Historia, Vol. xciv. N° 836, 2007. págs. 100 – 103.

Florescano, Enrique. *El patrimonio cultural de México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

Fontana, Josep. *¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis?* Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico, 2006.

García Samudio, Nicolás. “Los monumentos en el Campo de Boyacá”. *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá: Academia Colombiana de Historia, Bogotá: xxxvii. N° 429-431. págs. 664-683.

Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós, 1991.

Lifschitz, Javier Alejandro y Sandra Patricia Arenas Grisales. “Memoria política y artefactos culturales”. *Estudios Políticos*, 40, Medellín: Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, 2012, págs. 98-119.

<http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/estudiospoliticos/article/view/13205/11851>

Londoño Ulloa, Jorge Eduardo. “El sagrado Campo de Boyacá”. *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá: Academia Colombiana de Historia, Vol. xciv, N° 836, 2007. págs. 103-108.

López Domínguez, Luis Horacio. “El Campo de Boyacá. Aproximación a su señalización y delimitación espacial”. *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá: Academia Colombiana de Historia, Vol. xciv. N° 836, 2007. págs. 123-141.

Melo, Jorge Orlando. “Etnia, región y nación: el fluctuante discurso de la identidad”. *Congreso Nacional de Antropología. Memorias del simposio identidad étnica, identidad regional, identidad nacional*, Bogotá: Colciencias. Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, 1989.

Nora, Pierre. *Les lieux de mémoire*. 3 vols. París: Gallimard, 1997.

Nora, Pierre. “Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire”. *Representations*, N° 26, Special Issue: Memory and Counter-Memory. University of California Press (spring, 1989), págs. 7-24.

<http://links.jstor.org/sici?sici=0734-6018%28198921%290%3A26%-3C7%3ABMAHLL%3E2.0.CO%3B2-N>

Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración*. 3 Vols. México: Siglo XXI Editores, 1995.

Sánchez Gómez, G. *Museo Memoria y Nación*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Museo Nacional de Colombia, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo – PNUD, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales – IEPRI- de la Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia – ICANH, 2000.

Todorov, Tzvetan. *Memoria del mal, tentación del bien: indagación sobre el siglo xx*. Barcelona: Ediciones Península, 2002.

REFERENCIAS GRÁFICAS



Imagen 1. Laminas de la Comisión Corográfica. Acuarela de Carmelo Fernández (1809-1887).



Imagen 2. Anónimo. Proyecto de monumento conmemorativo para el Puente de Boyacá, 1825. Grabado sobre papel. Archivo General de la Nación.

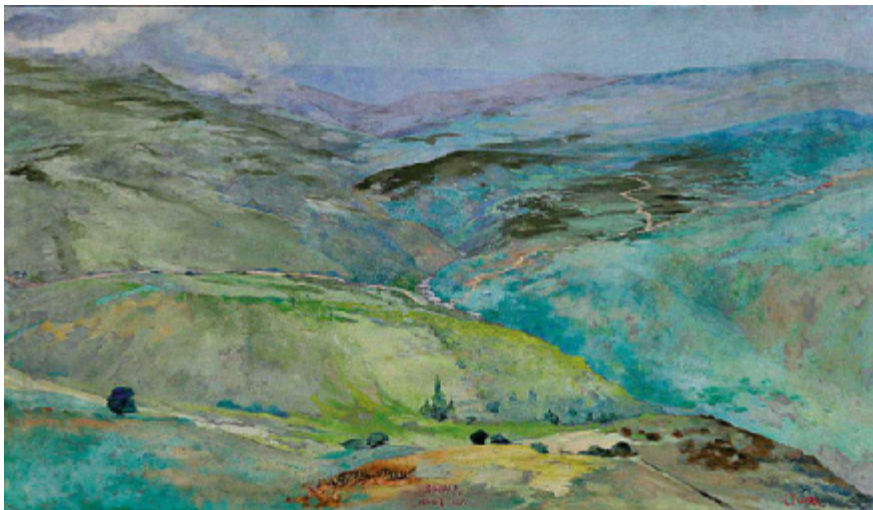


Imagen 3. Óleo sobre tela. Rafael Tavera, Pintor, paisajista y crítico de arte nacido en Tunja. (1878-1957). Este óleo pertenece a la colección de la Pinacoteca de la Academia Boyacense de Historia.



Imagen 4. Fotografía Monumento en el Campo de Boyacá. Ewert, Álbum del IV Centenario. Instituto Geográfico de Agostini-Novara Italia. 1939.



Imagen 5. Fotografía inédita Gustavo Martínez, 2011.